



crisis states programme

development research centre



Documento de Trabajo No.10

**LA GENTE DETRÁS DE LOS MUROS:
INSEGURIDAD, IDENTIDAD Y
COMUNIDADES AMURALLADAS EN
JOHANNESBURGO**

Jo Beall
Development Research Centre
LSE

Febrero 2002
(traducido al español por M. Victoria Mejía, con
el apoyo financiero del Consejo Británico,
Bogotá, octubre 2003)

Crisis States Programme
Working papers series no.1

English version:
ISSN 1740-5807 (print)
ISSN 1740-5815 (on-line)

Spanish version:
ISSN 1740-5823 (print)
ISSN 1740-5831 (on-line)

Development
DESTIN
Studies Institute



Programa de Estados en Crisis

La Gente Detrás de los Muros: Inseguridad, identidad y comunidades amuralladas en Johannesburgo¹

Jo Beall

Development Research Centre, LSE

Introducción

En los bien cuidados antejardines del sector del Westside de Los Ángeles surgen bosques de pequeños y amenazadores avisos que rezan ‘¡Respuesta armada!’. Hasta los más pudientes vecindarios localizados en los cañones y laderas de las colinas se aíslan detrás de muros vigilados por guardias privados armados y por las más avanzadas tecnologías en vigilancia electrónica... Vivimos en ‘ciudades amuralladas’ divididas cruelmente entre ‘celdas fortificadas’ de la sociedad opulenta y ‘lugares de terror’, donde la policía combate a los pobres declarados ilegales.²

Borremos estas dos palabras, ‘Los Ángeles’, y la anterior cita del reconocido libro de Mike Davis, *City of Quartz* podría aplicarse tanto a Johannesburgo, como a la ciudad californiana más notoriamente dividida. Antiguos barrios suburbanos habitados por blancos, en la actualidad hogar de una clase media que surgió después del régimen de Ford y predominantemente blanca aunque gradualmente no racial, albergan desde casas estilo hacienda en extensos terrenos, hasta el fenómeno más reciente de ‘casas conglomerado’: conjuntos de viviendas unifamiliares, con frecuencia a precios exorbitantes, localizadas en complejos de viviendas seguros. Lo que los residentes de estos dos tipos de vivienda tienen en común, con los demás y con la imagen de Davis del sector de Westside, son los omnipresentes avisos de ‘respuesta armada’ y una paranoia colectiva sobre la ‘seguridad’. Sin embargo, mientras Davis presenta una imagen de ‘Los Ángeles fortaleza’ como una ciudad donde existe una ‘guerra civil’ entre aquellos que pueden permitirse el lujo de protegerse contra la selva urbana y aquellos que no pueden hacerlo, nuestra imagen de Johannesburgo sugiere que en una ciudad agrietada por divisiones pasadas, que se tambalea bajo la arremetida de nuevas divisiones, no son sólo los pudientes quienes encuentran la manera para atrincherarse detrás de barreras protectoras.

En el caso de Johannesburgo, identifiqué igualmente ‘comunidades amuralladas’, que utilizan diversos métodos para aislarse, empujadas entre algunas comunidades socialmente desfavorecidas. Algunas veces por razones de temor e inseguridad, otras en razón de sus estrategias informales y ocasionalmente ilegales de supervivencia, estas comunidades optan por excluirse a sí mismas. En la imagen que Teresa Caldeira dibuja de la segregación urbana y de los enclaves fortificados de Sao Paulo, Brasil, la autora es consciente de que ‘Residentes de todos los grupos sociales aducen que construyen muros y cambian sus hábitos para protegerse contra el crimen’³. Sin embargo, al igual que Davis, Caldeira avanza con rapidez

¹ Este documento de trabajo ha sido publicado en forma de capítulo en J. Beall, O. Crankshaw & S. Parnell, *Uniting a Divided City: Governance and social exclusion in Johannesburg*, Londres: Earthscan, 2002.

² Mike Davis, *City of Quartz*, Londres: Verso Press, 1990, pp.223-224.

³ Teresa Caldeira, ‘Crime and Individual Rights: Re-framing the Question of Violence in Latin America’, en E. Jelin y E. Hershberg (eds), *Constructing Democracy: Human Rights, Citizenship and Society in Latin America*, Westview Press, 1996, p.197.

de esta apreciación hacia un análisis del espacio público y del ordenamiento urbano. En contraste con la autora, sentimos igual curiosidad acerca de las vidas de la gente que viven detrás de los muros, y de la forma en que su autoexclusión voluntaria puede estar ayudando a socavar los esfuerzos de los nuevos y progresistas planificadores de la ciudad para desafiar el legado de la segregación socioespacial que dejó tras de sí el apartheid.

En este ensayo, y a partir de dos conjuntos de trabajo de campo, hacemos un análisis de las percepciones de inseguridad y de los procesos de exclusión social entre dos tipos muy diferentes de lugares de Johannesburgo. El primero se llevó a cabo entre los residentes multirraciales, aunque todavía predominantemente blancos, de dos comunidades amuralladas de Johannesburgo: un complejo de casas agrupadas que disponen de todos los servicios necesarios, localizado en un barrio suburbano al norte de la ciudad, y otro en un barrio suburbano de clase media baja, al occidente. El segundo trabajo de campo consistió en una investigación realizada entre los inmigrantes, en su mayoría de habla isiZulu, que habitan un complejo de albergues en Soweto⁴. Nuestro análisis se plantea teniendo como trasfondo una descripción de las realidades y percepciones del crimen y de la seguridad pública de Johannesburgo, ciudad conocida como una ‘capital nacional del crimen’, una ciudad que, casi siempre, penetra en la conciencia pública internacional en virtud de las dramáticas estadísticas del crimen y las historias de horror sobre la violencia y el crimen que publican los medios. Señalamos cómo, tanto los pudientes como los menos pudientes invocan los temas del crimen, la violencia y la inseguridad para crear enclaves fortaleza. Exploramos la relación entre espacio e identidad social, así como la forma en que ambos se conectan tanto por quién uno es como por dónde uno está. Este caso se plantea con base en el argumento que el espacio y el entorno construido, por una parte, y las relaciones sociales y las instituciones, por la otra, están estrechamente unidos⁵. El presente ensayo concluye con un comentario sobre lo que estas tendencias significan para la gobernabilidad urbana.

Ciudad del Crimen

El hecho que la creciente incidencia del crimen de las ciudades del mundo en desarrollo tiene consecuencias negativas para el desarrollo económico es cada vez más aceptado. Con la notoria excepción de algunos autores recientes quienes dirigen su atención hacia la relación entre el crimen y el desarrollo social urbano,⁶ es el impacto del crimen en la productividad y en la eficiencia urbana lo que ha dado origen a gran parte del trabajo de investigación que se realiza en este campo.⁷ En términos globales, la mayoría de los delitos urbanos están

⁴ El término “albergue” se refiere a las viviendas tipo barraca para hombres solteros que han servido de hogar a los trabajadores inmigrantes desde mucho antes de la época del apartheid. Esos albergues son el reflejo de patrones de migración circulatoria cuyas raíces se encuentran en dos procesos idénticos: desposeimiento rural y urbanización controlada (A. Mabin, ‘The Dynamics of Urbanization since 1960’, en M. Swilling, R. Humphries y K. Shubane (eds), *Apartheid City in Transition*, Cape Town: Oxford University Press, 1991). Hoy en día, esos albergues permanecen como un simbólico remanente del desarrollo urbano bajo el apartheid.

⁵ Jo Beall, ‘Introduction’ en J. Beall (ed.) *A City for All: Valuing Difference and Working with Diversity*, Londres: Zed Books, 1997, pp. 2-37; David Harvey, *Social Justice and the City*, Londres: Edward Arnold, 1973; D. Massey, ‘On Space and the City’ en D. Massey, J. Allen y S. Pile (eds) *City Worlds*, Londres: Routledge, 1999, pp. 157-171.

⁶ C. McIlwaine, ‘Geography and Development: Violence and Crime as Development Issues’, *Progress in Human Geography*, 23:3 (1999), pp. 453-463; C. Moser, & F. Clark (eds), *Victims, Perpetrators or Actors? Gender, Armed Conflict and Political Violence*, Londres: Zed Books, 2001; C. Moser & J. Holland, *Urban Poverty and Violence in Jamaica*, Washington DC: Banco Mundial, Estudios sobre América Latina y el Caribe, 1997.

⁷ R. Ayres, *Crime and Violence as Development Issues in Latin America and the Caribbean*, Washington DC: Banco Mundial, Estudios sobre América Latina y el Caribe, 1998; P. Fajnzylber, D. Lederman & N. Loayza, *Determinants of Crime Rates in Latin America and the World: An Empirical Assessment*, Washington DC:

dirigidos contra la propiedad: por ejemplo, el robo, el delito violento interpersonal, como el asalto, la violación y el asesinato.⁸ Las estadísticas de Sur África se ajustan a este patrón, aun cuando los datos sobre delitos pueden ser ambiguos⁹. Esto sucede debido a que existen diferencias dependiendo de si la información sobre el hecho proviene de las víctimas o de los testigos, y de la calidad de los registros policiales, problemas que se ven agravados por (y a menudo justificados) la desconfianza pública de la policía. Por ejemplo, encuestas sobre el crimen revelan una cifra entre 60% y 70% superior a las estadísticas oficiales sobre el crimen.¹⁰

Shaw y Gastrow señalan que Sur África ‘está plagada de delitos violentos’ y que esta situación lleva a ‘un exagerado temor del crimen’.¹¹ Los medios de comunicación nacionales e internacionales, que se han obsesionado con el tema del crimen, exacerban este hecho. Cada vez más la sociedad surafricana se caracteriza como una sociedad que manifiesta niveles de anarquía, violencia y crimen que se equiparan (o superan) a los de Pakistán, Brasil y Venezuela, países que con frecuencia se considera ocupan el primer renglón de la lista negra de la seguridad pública. Para Sur África en su conjunto, sabemos que entre 1994 y 1999 la incidencia del crimen se incrementó en un 15%. Además, los delitos más atroces y violentos han aumentado con mayor rapidez que el promedio, en particular la violación, el asalto, el robo a mano armada, el robo de automóviles, el desvalijamiento de viviendas, y el robo común, mientras la tercera parte de todos los crímenes registrados son violentos. Es asimismo de todos conocido, que Sur África registra actualmente la tasa per capita más elevada de violaciones denunciadas en el mundo; en 1998 se registraron 115.6 casos por cada 100.000 habitantes.¹²

¿Así, pues, cómo se compara la situación de Johannesburgo con el resto de Sur África? Johannesburgo es considerada la capital del crimen de Sur África¹³. Además, no hay duda de

Banco Mundial, Estudios sobre América Latina y el Caribe, 1998; F. Vanderschueren, ‘From Violence to Justice and Security in Cities’, *Environment and Urbanization*, 8:1 (1996), pp. 93-112.

⁸ Vanderschueren (1996), pp.98-99.

⁹ J. Kane-Berman, ‘No Major Changes in Crime Trends’, *Fast Facts*, 7, Johannesburgo: South African Institute of Race Relations, 2001.

¹⁰ M. Schönsteich & A. Louw, *Crime in South Africa: A Country and Cities Profile*, Documento ocasional No. 49, Pretoria: Institute of Security Studies, 2001, p.1.

¹¹ M. Shaw & P. Gastrow, ‘Stealing the Show? Crime and its Impact in Post-apartheid South Africa’, *Daedalus*, 130:1 (2001), pp.235-237.

¹² Monitor, ‘Resolve Crime and Security Solutions: Safety and Security Sector Report for the Greater Johannesburg Metropolitan Council’, Informe inédito elaborado para *iGoli 2010* Partnership, Monitor Company, Boston, 2000.

¹³ Se podría aducir que la paranoia respecto del delito tiene una dimensión racial, acicateada por surafricanos que han emigrado o planean hacerlo, para quienes el delito es una justificación más aceptable para explicar su partida, que los retos que plantea el cambio a una democracia no racial.

¹⁴ Son dos las fuentes más importantes de estadísticas sobre el delito que existen en Johannesburgo: las que se derivan de los registros de los Servicios de la Policía de Sur África (SAPS, por sus siglas en inglés), recopiladas a partir de informes antes que de evidencias reales; y las cifras resultantes de las investigaciones hechas con las víctimas de esos delitos. Johannesburgo ha estado en el centro de varias investigaciones sobre victimización, como las que se llevaron a cabo en 1993 y 1995, como parte de la Investigación Internacional sobre Víctimas del Delito (ICVS, por sus siglas en inglés), y la realizada en julio de 1997 por el Institute of Security Studies (ISS) (A. Louw, M. Shaw, L. Camerer & R. Robertshaw, *Crime in Johannesburg: Results of a Victim Survey*, Pretoria: Institute of Security Studies, 1998). Esta última fue un componente inicial de un proceso encaminado a diseñar una estrategia de ciudades más seguras para el “Plan Metropolitano de Desarrollo Integrado 1997/98”, formulado por el Consejo Metropolitano del Gran Johannesburgo (GJMC, por sus siglas en inglés. Informe inédito, GJMC, Johannesburgo, 1998). Se sabe que las investigaciones sobre víctimas tienen limitaciones, las que en gran medida se derivan de problemas de definición e interpretación. Sin embargo, en el contexto de Johannesburgo, cuando se suman a las estadísticas oficiales de la policía, estas dos fuentes principales indican

que la ciudad experimenta elevados niveles de crimen¹⁴. Varios estudios ponen de manifiesto que para el mismo Johannesburgo, la incidencia del crimen es no solamente más baja que en muchos países en desarrollo comparables sino que, para algunos delitos, las cifras estadísticas son más bajas que para otras ciudades surafricanas.¹⁵ Acorde con las concentraciones de riqueza en la Provincia, la mayoría de los delitos contra la propiedad ocurren en Gauteng y más del 50% de los vehículos robados en toda la nación, son robados en Johannesburgo. Los delitos de fraude y por computador también se concentran en Johannesburgo, al igual que muchas organizaciones criminales. Adicionalmente, es más probable que los residentes de la provincia de Gauteng hayan sido víctimas de un delito que los surafricanos que viven en otras provincias.¹⁶ Además, Johannesburgo experimenta elevados niveles de delito violento. Entre 1993 y 1997, dos tercios de los residentes de Johannesburgo fueron víctimas de delitos, robos casi siempre, con cerca de la cuarta parte de los entrevistados (24%) que informaron sobre este tipo de delitos a una encuesta sobre hostigamiento llevada a cabo en Johannesburgo en 1997.¹⁷ Pero los incidentes más frecuentemente denunciados en segundo lugar fueron delitos violentos: atracos y robos (17%) y asalto (16%). La mayoría de los asaltos fueron de naturaleza violenta: 84% involucraban un arma.¹⁸ Sin embargo, en este punto debemos señalar que, aunque una elevada proporción de los delitos violentos cometidos en toda la nación ocurre en Johannesburgo, las estadísticas son peores en otros lugares. Por ejemplo, Ciudad del Cabo es la que tiene la dudosa reputación de ser la ‘capital del asesinato’ del país.¹⁹ Los registros de la policía sugieren que la tasa de asesinatos de Johannesburgo ocupa el segundo lugar de todas las zonas bajo control de la policía en el país. No obstante, el segundo lugar por intento de asesinato lo ocupa Soweto, la cual pertenece a una jurisdicción diferente para la Fuerza de Policía de Sur África, aunque se localiza dentro de los límites del Greater Johannesburg Metropolitan Council GJMC.²⁰

Por otra parte, el crimen no afecta de igual manera a todos los residentes de Johannesburgo y las principales víctimas del crimen no es la población blanca pudiente, cuyos temores merecen tan amplio despliegue en los medios, sino los africanos pobres. Son varias las diferentes interpretaciones a las que podemos recurrir para explicar este hecho. Entre ellas está el argumento en el sentido que la violencia institucional perpetrada por el gobierno del apartheid y la violencia política que caracterizó la lucha contra este gobierno, han tenido como resultado elevados niveles de violencia doméstica e interpersonal. Una opinión alternativa tiene como sustento explicaciones socioeconómicas que señalan los vínculos entre la acelerada urbanización, una economía en lento crecimiento, insuficientes niveles de educación y elevadas expectativas por parte de grupos históricamente desfavorecidos, los jóvenes en particular. Explicaciones más aleatorias incluyen elevados niveles de posesión de armas de fuego, niveles incontrolados de consumo de alcohol en un entorno de pobreza y la percepción por parte de los delincuentes de ser impunes al enjuiciamiento. Este último se relaciona con problemas de mantenimiento del orden, que incluyen malas relaciones entre la comunidad y la policía, elevados niveles de corrupción policial, y el hecho que los recursos policivos son desigualmente repartidos en todo el país.

tendencias similares. Ambas fuentes se utilizaron para los estudios de protección y seguridad emprendidos para el sistema de planeación a mediano plazo de Johannesburgo (ISS, 1999, citado en Monitor, 2000).

¹⁵ Louw *et al.* (1998).

¹⁶ Monitor (2000).

¹⁷ Louw *et al.* (1998), p.3.

¹⁸ Louw *et al.* (1998), p.17.

¹⁹ Camerer *et al.* (1998).

²⁰ Louw *et al.* (1998), p.29.

No debe sorprendernos, entonces, que los delitos contra la propiedad afecten de manera desproporcionada las zonas que ofrecen las mayores oportunidades para robar. Se trata de las zonas residenciales históricamente habitadas por blancos y asiáticos. Sin embargo, el empleo de la violencia en el acto de cometer los delitos contra la propiedad es más común cuando los africanos son las víctimas que cuando se trata de otros grupos.²¹ La incidencia del robo de vehículos, considerado un delito grave ya que con frecuencia se trata de robo a mano armada, es la más elevada en el sector nororiental de la ciudad, donde se localizan los barrios residenciales de altos ingresos. En esta zona se registra un elevado porcentaje de propiedad de automotores y es también muy accesible ya que se localiza entre dos autopistas importantes. La encuesta de víctimas de Johannesburgo, realizada en 1997, reportaba que más del 12% de los entrevistados fue objeto del robo de sus vehículos entre 1993 y 1997 y, de estos, cerca del 6% experimentó el robo violento de sus automóviles bajo la forma de secuestro. Sin embargo, de este último grupo, 73% de las víctimas eran africanos.²² Los registros de la policía indican que la mayor incidencia de asesinato en Johannesburgo ocurre en un corredor del crimen que se extiende desde Soweto, al occidente, a través del distrito central de negocios, hasta las zonas residenciales de altos ingresos al oriente. Este corredor también corresponde al cinturón de la industria minera, el cual contiene terrenos baldíos, con frecuencia inseguros o no ocupados todo el tiempo, y la mayoría de los albergues y zonas residenciales pobres también se localizan en este cinturón²³ (Plan Integrado de Desarrollo Metropolitano, 1998:22).

En términos de dinámica de género, la encuesta sobre víctimas, realizada en 1997, encontró que los hombres son los que están más en riesgo de delitos violentos en Johannesburgo. Sin embargo, es posible que este hecho se relacione con la probabilidad de que los ataques sexuales y la violencia doméstica no se denuncian como es debido cuando a la gente se le interroga sobre el tema en una encuesta callejera.²⁴ Datos más recientes sugieren que los hombres de clase media son las víctimas más comunes de delitos perpetrados por extraños armados. Sin embargo, si consideramos a todas las víctimas de delitos en conjunto, lo más probable es que hombres y mujeres de raza negra sean las víctimas, con un 38% de las muertes con arma de fuego en el grupo de edad entre 24 y 34 años²⁵. Mientras la proporción de blancos de clase media en Johannesburgo afectados por el delito es inaceptablemente elevada, lo cierto del caso es que los tipos de delitos a los que están expuestos son menos graves que los delitos a que están expuestos otros grupos de población. Más aún, una proporción significativamente elevada de víctimas en Johannesburgo son mujeres en el hogar.²⁶ Así como lo más probable es que el asesinato sea el crimen que más se denuncia, la violencia doméstica y la violación son los delitos que menos se denuncian. Pese a esta baja incidencia de denuncias, las cifras oficiales todavía indican 2.27 violaciones por cada 1.000 habitantes como el promedio para el Johannesburgo metropolitano²⁷.

A pesar de esta casi cierta baja incidencia de denuncias, más de una de cada cinco mujeres de Soweto, de todos los rangos de edad, aceptaron haber sido víctimas de la violencia marital, en

²¹ Louw *et al* (1998), pp.17-18.

²² Louw *et al* (1998), p.17.

²³ GJMC (1998).

²⁴ Louw *et al*, (1998), p.22.

²⁵ Asimismo, la mayoría de los infractores son jóvenes, y se cree que entre el 5 y el 10% de los hombres jóvenes son culpables de entre el 70 y el 80% de los delitos que se cometen en Johannesburgo (Monitor, 2000).

²⁶ Monitor (2000).

²⁷ La controversia sobre el número de violaciones reportadas en Sur África ha llegado hasta el gabinete ministerial donde es objeto de intenso debate. Las estimaciones varían entre 1 y 35, según la ONG, People Opposing Women Abuse (POWA), y hasta casi 1 en 3, según la policía (Monitor, 2000).

tanto una de cada diez mujeres fue víctimas de abuso rutinario o grave.²⁸ Un estudio realizado por el Foro de Johannesburgo sobre Crímenes Sexuales, en 1997, cuyo objetivo era eliminar el sesgo impuesto por la baja incidencia de denuncias de violación, determinó que más del 70% de las 786 víctimas entrevistadas entre las personas que se presentaron en los consultorios de los médicos de distrito en hospitales y clínicas de Johannesburgo eran mujeres africanas, la mayoría de ellas entre los 13 y los 30 años de edad.²⁹ Según informes oficiales de la policía (GJMC, 1998), la incidencia más elevada de violaciones denunciada ante las estaciones de policía era en el Gran Soweto (849), seguido por la zona densamente poblada de Alexandra, al nordeste de Johannesburgo (314) y Hillbrow, en la zona urbana del centro de la ciudad³⁰ (311).

Desde la perspectiva de nuestro enfoque de ‘comunidades amuralladas’, sin embargo, la estadística de delitos más significativa es que, como aparece en el Cuadro 10.1, uno de los lugares más comunes donde se perpetraban crímenes en Soweto era el hogar. En forma análoga y para Johannesburgo en general, quedó demostrado que la mayor parte de delitos interpersonales probablemente ocurren en el hogar, o en un bar, taberna o bar ilegal, con un alto grado de participación de armas y de alcohol.³¹ Teniendo en cuenta estas estadísticas, resulta a la vez triste e irónico que con tanta frecuencia la respuesta a la inseguridad sea replegarse al hogar. Este hecho refuerza la opinión en el sentido que la inseguridad es tanto acerca del temor al delito que el delito mismo y que el temor al delito puede ser útil para ocultar el temor a la diferencia racial y social.

Cuadro 10.1 Lugares de delitos experimentados por residentes de Soweto, 1997

Lugar donde se comete el delito	Porcentaje de distribución de delitos experimentados
En el hogar	39
En la calle	47
En la escuela	0.2
En el trabajo	1.0
En la zona CBD de Johannesburgo	7
En un taxi o en un paradero de taxis	0.4
En el tren	3
En otra ciudad	1
En el hogar de parientes	0.4
En un albergue	0.1
Total	100

Fuente: Análisis de Soweto por parte de la autora, en la Encuesta de Hogares de Transición, 1997

Muros, centros comerciales y gimnasios: Los enclaves fortaleza de la clase media de Johannesburgo

²⁸ M. Morris *et al*, *Change and Continuity: A Survey of Soweto in the Late 1990s*, Johannesburgo: Departamento de Sociología, University of the Witwatersrand, 1999.

²⁹ Louw *et al* (1998), p.22.

³⁰ GJMC (1998).

³¹ Monitor (2000).

Uno de los aspectos más sorprendentes de Johannesburgo es que cuando frecuenta los lugares públicos, la gente de clase media casi siempre se encuentra detrás de la cabrilla de un automóvil. Alternativamente, se recluye en espacios públicos relativamente protegidos, como clubes, escuelas, cafeterías y restaurantes. En este aspecto no ha cambiado mucho desde los últimos días del apartheid; lo único que ha cambiado es que en la actualidad la clase media está cada vez más mezclada racialmente. Un cambio que se observa durante los últimos años, es que cada vez es menos frecuente encontrar a los omnipresentes trotadores urbanos. En un país obsesionado con los deportes y con mantenerse en forma, los hombres y mujeres de las clases medias han reemplazado el azotar las calles suburbanas con su trote matutino, por el trote en las máquinas caminadoras de los gimnasios de afiliados. Estos enclaves espaciales son una respuesta frecuente al temor a la inseguridad y diferencia social. Abarcando desde centros comerciales hasta complejos de oficinas, de parques de distritos de negocios hasta clubes de deporte, estos enclaves fortaleza comprenden comunidades residenciales amuralladas. Una imagen familiar de los barrios suburbanos de la ciudad son los altos muros, cercas electrificadas, verjas sonoras y lúgubres guardias de seguridad apoltronados en sus 'garitas' postmodernas. Menos familiar es una percepción de quién es aquel que vive detrás de estas barricadas. Lo que es cierto es que el surgimiento de estas comunidades amuralladas en el paisaje de Johannesburgo precedió al fin del apartheid, según lo describe Mabin:

“En tanto los pseudosuburbios brotaron en las afueras de los distritos segregados, la forma de los barrios suburbanos blancos, que esos pseudo-suburbios imitaba, comenzó a cambiar. A medida que el crecimiento de la población blanca decayó en los años 70, la población se envejeció; otras condiciones cambiaron, se alteró el carácter del mercado de bienes raíces. Crecientes precios de la tierra (aunque continúan siendo relativamente bajos en comparación con los estándares mundiales) y preocupaciones de seguridad, amen del repliegue de los terrenos de edificios de apartamentos, produjeron una nueva forma de desarrollo en los años 80: el llamado complejo de 'casas unifamiliares', en verdad no muy diferente de casas adosadas en una hilera de casas idénticas, que usualmente se levantaban en las secciones más apartadas de los barrios suburbanos... Se trata de los nuevos complejos de la Sur África urbana, que representan una segregación social rigurosamente defendida’³².

Los dos complejos de viviendas unifamiliares de clase media que de hecho investigamos fueron construidos en 1994, año de las primeras elecciones democráticas de Sur África. Si bien sus residentes eran en su mayoría predominantemente blancos, ambos complejos eran multirraciales. La investigación realizada en estos complejos de viviendas unifamiliares involucró residentes blancos y negros en proporciones aproximadas³³. En tanto la investigación no es estadísticamente confiable ni se puede generalizar, los patrones de estilo de vida identificados y las percepciones obtenidas son interesantes y reveladoras³⁴. Uno de

³² A. Mabin, 'The Creation of Urban Space: Contributions of South African Cities to Justice and Injustice', Ponencia presentada ante la Conferencia sobre la Geografía Social de las Ciudades Divididas, Nueva York University, 26-28 febrero 1998, p.16.

³³ En el complejo situado en el sector norte, tuvimos grupos de estudio con mujeres y entrevistamos a mujeres, todas ellas de raza blanca y habla inglesa, y con hombres, todos ellos de habla inglesa, y entre los cuales había un surafricano de ascendencia india. En el complejo localizado al occidente de la ciudad, los residentes hablaban inglés y afrikaans, y los miembros de los grupos de estudios con hombres y mujeres eran africanos en un 30% y blancos en un 70% aproximadamente, como sucedió con las entrevistas individuales. Resulta difícil evaluar qué tan características podrían haber sido sus opiniones, en particular porque la gente que decide vivir en complejos residenciales seguros puede ser un grupo auto-discriminatorio.

³⁴ La metodología utilizada, tanto en el caso de complejos residenciales seguros como en el de los albergues, no tenía por objeto comprender el alcance o la distribución de la riqueza o de la pobreza que se registra en ellos, o

estos complejos estaba situado en un barrio suburbano de gente pudiente, al norte, donde la mayoría de sus residentes eran propietarios de sus viviendas, casi todos parejas jóvenes, unas cuantas familias con niños pequeños y varias personas jubiladas. El complejo lo componen 74 unidades, la mayoría de ellas viviendas de dos alcobas, pero también contenía viviendas de una y tres alcobas. Cada una tenía su propio garaje o garajes, un jardín rodeado de muros y conexiones individuales con la entrada principal. Las instalaciones comunales comprendían una cancha de squash, una piscina grande y bien mantenida, zona de recreación al lado de la piscina, una casa club, un cuarto de juegos con mesa de billar y una zona de juegos bien equipada para los niños. Todo el complejo en general estaba totalmente rodeado de muros con una cerca electrificada, tenía puertas automáticas electrónicas en la entrada principal y control de acceso permanente con un guardia de seguridad. Todos los servicios de mantenimiento, como pintura, jardinería, cuidado de la piscina y seguridad, se contrataban con un proveedor externo de servicios profesionales. Estos servicios, coordinados por el encargado de mantenimiento, se pagaban con una cuota de mantenimiento mensual. Solamente los aspectos rutinarios estaban a cargo de la Asociación de Residentes elegida para tal fin.

El segundo complejo se localizaba en una zona de clase media baja, antes ocupada por residentes blancos, al occidente de la ciudad, cercana al centro comercial Westgate, el más importante de Soweto. La mayoría de los residentes eran propietarios, una mezcla de jubilados, parejas jóvenes y familias con niños en edad escolar, además de varias mujeres cabeza de familia. El complejo lo componían 72 unidades con dos o tres alcobas. Cada vivienda tenía asignados parqueadero cubiertos, no garajes, ningún muro separaba las unidades individuales y los residentes compartían un prado y una piscina comunales. El complejo estaba rodeado de muros y tenía una cerca electrificada, la que no funcionaba cuando se llevó a cabo la investigación. Había puertas automáticas de seguridad en la entrada principal, pero estas las controlaba el guardia de control de acceso, no los dueños de las viviendas desde sus propias casas; había, pues, menos control sobre las personas que ingresaban y salían que en el complejo situado al norte. Eran innumerables las quejas de los residentes por la ineficiencia de la organización y las fallas de la compañía de seguridad encargada de cuidar el complejo. Además, era notorio el mal mantenimiento del complejo, algo sorprendente, porque si bien los precios de compra de estas casas eran considerablemente inferiores a los del complejo del norte, las cuotas de administración mensuales por unidad eran el doble.

Mabin ha señalado expresamente que a finales de los años 90 se observó un aumento del 22% al 60%³⁵ en los cargos administrativos en el sector público ocupados por negros. Cuando se combina con el creciente empleo de los negros en el sector privado y el desplazamiento hacia Johannesburgo de antiguas elites 'bantúes', lo anterior sugiere una gran demanda nueva de vivienda de clase media. Que este tipo de gente mostrara una tendencia a optar por viviendas unifamiliares quedó confirmado en una entrevista con un joven africano especialista en computadores que trabajaba para una compañía multinacional, quien se había mudado a una vivienda unifamiliar después de una aterradora experiencia de robo a mano armada, abandonando su nueva vivienda separada, la cual también se encontraba en una antigua zona blanca. Así explica sus motivos:

entre sus residentes y otros grupos. Más bien, su propósito era el de analizar las relaciones sociales y los procesos institucionales que acompañan a la exclusión social, y las percepciones que se tienen de estos procesos.

³⁵ Mabin (1998), p.20.

‘Anteriormente esto le sucedía más a los blancos, sabe, porque en los distritos segregados se acostumbraba decir ‘el hombre blanco tiene dinero y ese es el dinero de mis antepasados’. ¡Ja! Si uno era negro, nunca lo molestaban. En cambio ahora, porque uno vive en los barrios suburbanos del norte, uno es como un hombre blanco. ‘¿Usted cree que ahora es blanco? ¿Por qué vive en los barrios suburbanos blancos?’ Entonces, si uno es profesional, tiene un trabajo como Dios manda y la gente sabe que tiene un trabajo, entonces uno también está amenazado. Ahora es igual. Que uno sea blanco o negro, no importa, lo que importa es que tiene dinero’.

Cuadro 10.2 Perfil residencial de 12 residentes de dos complejos de unidades unifamiliares

	Complejo de clase media alta al norte	Complejo de clase media baja al oeste
Lugar de residencia anterior	Casa/apartamento en la zona antes blanca - 5 Casa en la zona antes india - 1	Casa en la zona antes blanca - 5 Casa en la zona antes africana - 1
Siguiente lugar de residencia previsto	Este complejo u otro - 5 En el extranjero - 1	Este complejo u otro - 5 Una ciudad más segura en Sur África - 1

Curiosamente y como se indica en el Cuadro 10.2, para la mayoría de residentes este tipo de vida no formaba parte de una movilidad ascendente, camino a una casa separada más grande o más espléndida. En realidad, la mayoría de los entrevistados se ha mudado de una casa separada a un complejo de casas unifamiliares y casi todos pensaban quedarse viviendo en conjuntos de casas protegidas. No todos habían tenido una experiencia personal del delito pero varios de quienes participaron en las encuestas y algunos de los entrevistados conocían a alguien cercano quien había sido víctima del delito³⁶. Sin excepción, todos adujeron como razón para la mudanza, el temor al delito y la búsqueda de seguridad y garantías.

[b] Inseguridad y el temor a los extraños

Cuando se les preguntó por las razones de haber optado por vivir en complejos de viviendas, sin excepción todas las personas entrevistadas plantearon como su principal razón la seguridad y garantías. Hubo similitudes en las respuestas entre clases aunque hubo interesantes diferencias de género. Respecto de los hombres, estos se mostraron algo reacios a aceptar el temor por sí mismos sino, más bien, temor por sus familias. Como uno de los participantes adujo,

³⁶ La mayor parte de los delitos mencionados por las personas entrevistadas y por aquellas que participaron en los grupos de estudio, habían sucedido a otras personas, y no siempre en Johannesburgo necesariamente. En términos de sus experiencias en los complejos residenciales, el único delito reportado en el sector norte fueron los robos de bicicletas; respecto del sector occidental, las personas continuaban siendo víctimas de constantes intrusiones al interior de sus vehículos y robo de los mismos.

‘Temo por mi esposa y mi hijo. Creo que puedo cuidarme. Claro está que lo más probable es que pierda mucho si eso sucede, pero creo que puedo hacer las cosas mejor que mi esposa y mi hijo. Así que tengo temor de la gente que amenaza a mi familia’.

Del mismo modo, las mujeres expresaron temor por sus hijos principalmente. Una dijo que su mayor temor era que la secuestraran con su pequeño hijo en el automóvil y por esta razón había dejado de llevar al pequeño en la silla especial para niños y simplemente lo protegía con el cinturón del auto, de manera que fuera más fácil sacar al niño:

‘La forma en que vivimos en Johannesburgo no es agradable. A ellos no le importa si a uno le disparan. A ellos no les importa si se llevan el automóvil con el niño adentro. A ellos no les importan los demás... ellos no valoran la vida’.

El racismo asociado con la inseguridad era con frecuencia apenas velado y no era necesario indagar muy a fondo para descubrir quiénes eran ‘ellos’ a quienes la gente se refería. Expresado en términos de ‘esos tipos’, ‘extraños’ y ‘forasteros’, quedaba claro quién era aquel a quien temían. Según los hombres, estos decían que temían,

‘A la gente que anda por ahí. En esta zona especialmente, hay mucha gente que anda por ahí’.

‘La cuestión es con los tipos que andan por ahí en este vecindario... Si usted les muestra que tiene miedo, ahí es cuando lo miran y dicen ‘este tipo es vulnerable’. Por eso uno no muestra temor’.

‘Todos los desconocidos de allá afuera’.

‘Quiero mucho este país pero no sé qué va a pasar. No saber – es lo que temo’.

Con frecuencia el temor al crimen se utiliza para justificar formas urbanas espacialmente separadas de maneras que ocultan otras motivaciones.³⁷ Judd llega tan lejos como para sugerir que el temor al crimen es una ‘palabra en clave’ para temor a la raza³⁸. Definitivamente, una sensación de inseguridad como sinónimo de temor a la diferencia, fue lo que expresaron la mayoría de los residentes de las viviendas unifamiliares entrevistados, sensación alimentada, como en todas partes, por ‘la mención diaria del delito’.³⁹ Entre las mujeres, ellas fueron más explícitas sobre el hecho que los extraños las atemorizan. Sin embargo, de los muchos silencios que encontramos, el asalto sexual nunca se mencionó a pesar de que el temor a la violación casi se podía palpar:

‘Gente que uno no reconoce –no extraños en realidad, sino extraños amenazantes –algún tipo que está ahí parado, como midiéndola a una, o mirándola’.

‘Hombres. Hombres negros. Pero hasta algunas de sus mujeres negras. Algunos pueden ser muy arrogantes. Usted sabe, ellos son mucho más fuertes que nosotras, si deciden violarla a una’.

Cuando a esta mujer en particular se le indicó que tenía vecinos negros, dijo:

³⁷ N. Amin & S. Graham, ‘Cities of Connection and Disconnection’ en D. Massey y M. Pryke (eds) *Unsettling Cities: Movement/Settlement*, Londres: Routledge, 1999, p.17.

³⁸ D. Judd, ‘Urban Violence and Enclave Politics: Crime as Text, Race as Subtext’ en S. Dunn (ed.), *Managing Divided Cities*, Staffordshire: Ryburn Publishing, 1994, p.161.

³⁹ Caldeira (1996), p.201.

‘Sí. Pero el tipo de gente negra que tenemos aquí son todos bien educados, son gente bien arreglada. No son el tipo de gente de quien una tendría temor. Están bien vestidos y tienen carros bonitos y todo’.

Entonces, para las mujeres predominantemente blancas que viven en este complejo de viviendas unifamiliares de gente pudiente, la clase reemplaza a la raza como la insignia de membresía incluyente. Les permitía erigir ‘muros’ físicos y simbólicos para reducir la interacción y la mezcla en el espacio público compartido, en tanto una arquitectura del temor legitimaba una segregación cada vez mayor, basada no en un apartheid de raza sino en nuevas expresiones de diferencia social.

[b] Exclusión y la anomia de los de dentro

Algunos consideran que el repliegue hacia espacios confinados, como los complejos de viviendas unifamiliares que acabamos de describir, alimenta el sentido de comunidad, especialmente entre las minorías.⁴⁰ Sin embargo, en ninguno de los dos casos existía evidencia suficiente de una sensación de comunidad profunda resultante de la vida en proximidad con vecinos. La gente consideraba que la uniformidad y el entorno cercado por normas eran sofocantes, aunque esto no sucedía tanto en el complejo al norte, donde sus residentes más pudientes gozaban de mayor privacidad. En este caso, los participantes en la encuesta estuvieron de acuerdo en que, sin bien no tenían amistad estrecha con sus vecinos, se sentían bien como parte del complejo. Disfrutaban del acceso a las instalaciones comunales y de las reuniones ocasionales organizadas por la Asociación de Residentes, como la fiesta de Navidad y el *braaivleis*⁴¹ anual, ya que esto reforzaba un sentido de comunidad sin ser opresivo. Sin embargo, en el complejo de gente menos pudiente, al occidente, que ofrecía menos privacidad y menos espacio de la vivienda individual, el entusiasmo por los vecinos era mucho menor. Como lo expresó una de las mujeres, ‘Es más que todo que una conoce algunas pocas personas y el resto simplemente se queda mirando donde una vive cuando pasan’. Entre los hombres, algunos informaron de reuniones informales, como cuando juegan dardos, o ven el juego de fútbol en la televisión, pero describieron las interacciones como las que ocurren entre conocidos, no entre amigos. Como lo expresó un residente, ‘cuando León se mudó a este complejo... dije ‘yo soy esto y aquello’ y conseguí una botella de whisky y dije ‘venga, tomémonos un trago’. Nos tomamos un trago y desde entonces charlamos. Cada vez que lo veo es ‘howzit’.

Una clara consecuencia del temor al delito y del pánico moral generalizado es que la gente pasa más tiempo en casa. Este hecho no motivó muchos comentarios entre las mujeres, para quienes era menos digno de mención probablemente. Pero los hombres hablaron de la forma en que sus vidas habían cambiado. Sin clasificar el hecho de ir al trabajo como ‘salir de casa’, hablaron del cambio que había ocurrido en sus actividades vespertinas, y de que ya ‘se acostaban a las 9 de la noche’. Como lo explicaba uno de los participantes en el complejo al occidente:

‘La gente tiene miedo, entonces no sale... Van a trabajar y regresan a casa. Ahora con los computadores, uno puede conseguir lo que necesita por medio de la Internet, de modo que en

⁴⁰ P. Marcuse, ‘Not Chaos but Walls: Postmodernism and the Partitioned City’ en S. Watson y K. Gibson (eds) *Postmodern Cities and Spaces*, Oxford: Blackwell, 1995, pp. 243-253; E. Blakely & M. Snyder, *Fortress America: Gated Communities in the United States*, Cambridge, Massachusetts: Brookings Institution Press, 1997.

⁴¹ Término utilizado en Sur África para denominar la “barbacoa”, originario de los Afrikaans –que literalmente significa ‘carne asada’- pero de uso general.

realidad uno no tiene que salir de casa. Uno se siente seguro en su casa y puede construir su nido. Ahí es cuando un complejo de viviendas adquiere importancia porque es un refugio seguro. Uno se siente seguro ahí y ¿por qué diablos uno querría salir? Uno puede llamar al ‘señor entregas’⁴². ¿Por qué querría salir la gente? La gente no es perezosa, es cómoda. Si no me cree, simplemente observe los autos. La gente no quiere salir porque si uno sale, de pronto lo secuestran’.

Otra persona desarrolló el tema contando acerca de un amigo suyo que vendía aspiradoras puerta a puerta. Para poder encontrar a la gente, sus citas se programaban para las horas de la noche, y a veces lo invitaban a quedarse a cenar o a tomarse una copa, ya que ‘la gente está tan hambrienta de amistades, que uno se puede quedar cinco horas –la gente no quiere simplemente sentarse a ver televisión’. Que esta fuera una cuestión importante para la gente menos pudiente que vivía en el complejo occidental sugiere que también pudieron haber existido restricciones familiares y financieras a una vida social activa. No obstante, la vida en complejos de viviendas ha servido sin duda para estimular lo que en Sur África se conoce como una mentalidad *laager* [en Sur África, campamento especialmente formado por un círculo de vagones, N. de la T.] refiriéndose al espacio defensivo creado por el patrón circular según el cual, en el siglo XIX, los *voortrekkers* [viajeros] organizaban sus carretas tiradas por bueyes cuando se preparaban para enfrentarse con las poblaciones africanas que encontraban en su camino. Comentando sobre el Johannesburgo fortificado, un entrevistado reflexionaba que:

‘Creo que ha arrastrado a la comunidad... La gente acostumbraba ir a los parques, a los restaurantes, paseaba en sus autos por las calles. No sale mucho... Al mismo tiempo, preferiría quedarme aquí sin esa comunidad y seguir vivo’.

Porque a pesar de la sensación de encontrarse bajo asedio, la gran mayoría de personas entrevistadas se sentía comprometida a quedarse en Sur África y, la mayoría de ellas, en Johannesburgo. Entre los más pudientes se palpaba la impresión de una sensación de capacidad y una disponibilidad y un deseo conmensurables de marcar una diferencia. Según nos aseguraba un hombre, ‘¡seremos los últimos en irnos y apagar la luz!’ O como lo expresó una mujer, ‘nuestras vidas están aquí –nuestro trabajo, nuestra familia, nuestros hijos- y no hay garantía alguna de que sería mejor en otra parte’.

De ningún modo se podría argumentar que las dos comunidades amuralladas estudiadas estaban de alguna manera comprometidas políticamente. Por ejemplo, nadie conocía el nombre de su concejal, aunque la gente del norte sabía que era ‘una mujer del Partido Democrático (DP, por sus siglas en inglés).⁴³ Aún cuando se sentían frustrados ante la ineficacia del Consejo Metropolitano, se mostraban reacios a involucrarse y tendían a creer que de una forma u otra, se prestarían los servicios. En realidad, muchos de los servicios que se prestaban a estos residentes eran pagados por ellos mismos de todas formas. Por el contrario, entre los entrevistados de la clase media baja, se percibía una sensación de creciente presión financiera, menos opciones y en disminución, y una noción de haber sido olvidados por los políticos locales. Uno de los residentes del complejo occidental lo expresó así:

⁴² Un servicio de entregas a domicilio en Sur África, que cuenta con varias sucursales en la ciudad, el cual recoge y entrega comidas a domicilio de diversos restaurantes de comida rápida en una zona determinada.

⁴³ El Partido Democrático de oposición.

‘En mi opinión, no hacen el esfuerzo de venir a donde estamos, de venir a este complejo... aquí no vienen esos tipos a decirnos “oiga, yo soy su concejal del Partido Democrático o del Consejo Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés)” o lo que sea. Nadie viene a decirnos, “oiga vamos a reunirnos”’.

No obstante, el temor al delito y las diversas antipatías sociales que representa, ha dado origen a una aversión a los espacios públicos y al compromiso con la ciudad. Por tanto, el melancólico resentimiento y sensación de anomia que esta exposición evoca no debe distraernos del hecho que la forma urbana residencial escogida por esta persona en particular y por sus vecinos se opone a la creación de una ciudad diversa e integrada y perpetúa la segregación socioespacial similar a la del apartheid.

[a] ¿Nos incluyen o nos excluyen? Las ‘comunidades amuralladas de Soweto’

Por lo general se supone que las comunidades amuralladas son un rasgo afín a las poblaciones pudientes únicamente y que las comunidades más pobres se protegen a través de otros medios, como la vigilancia parapolicial. Sobre el particular discrepamos de esta opinión demostrando cómo los trabajadores emigrantes de habla isiZulu han utilizado su identidad socioespacial para asegurarse espacios defendibles en la ciudad. Desde antes de la primera guerra mundial, los albergues han servido de vivienda a trabajadores no calificados inmigrantes africanos en Johannesburgo, pero se consolidaron bajo el apartheid, llegando a simbolizar las peores exigencias del Fordismo racial. Si bien han sido transformados demográfica y, en verdad, físicamente desde los años del ocaso del apartheid y la transición a la democracia en Sur África, los albergues de inmigrantes continúan siendo casi lo mismo que fueron siempre: escenarios sociales separadamente demarcados y controlados. Construidos para albergar a trabajadores forzados temporales cautivos de sexo masculino, estos albergues siguen siendo prisioneros del legado de su destino, que Robinson describe así:

‘Definitivamente, en la planeación de los albergues para hombres solos, se consideraron explícitamente cuestiones de control. Usualmente, se exigían altos muros circundantes y las puertas sólo existían en los muros que miraban al interior. Sólo estaba permitida una entrada, con el fin de que fuera más fácil supervisar a los residentes y a los visitantes’⁴⁴.

Así, los albergues continúan siendo lugares muy institucionalizados donde aún hoy en día, y como plantean Cruz y James, si bien ya no cumplen el mismo propósito, el carácter de confinamiento del alojamiento en un albergue continúa sirviendo para ‘excluir a los extraños y aislar a los de dentro’⁴⁵. Como tales, su posición es contradictoria a los valores de libertad de movimiento en una sociedad democrática, en particular en una sociedad deseosa de dejar atrás el sistema de fuerza laboral inmigrante, siendo como es un legado infame de segregación y apartheid.

Durante el auge de la época del apartheid, el gobierno deseaba segregar racialmente la zona central más densamente poblada de la ciudad e intentó trasladar los albergues que se encontraban dentro de las zonas ‘blancas’ de Johannesburgo hacia las afueras en los distritos

⁴⁴ J. Robinson, ‘Power, Space and the City: Historical Reflections on Apartheid and Post-apartheid Urban Orders’, en D. Smith (ed.) *The Apartheid City and Beyond: Urbanization and Social Change in South Africa*, Londres: Routledge, 1992, p.296.

⁴⁵ J. Crush & W. James, *Crossing Boundaries*, Pretoria: Institute for Democratic Alternatives in South Africa, 1995, p.xi.

segregados.⁴⁶ El gobierno confiaba en que los albergues para inmigrantes se convertirían en un componente cada vez más importante de vivienda en los distritos segregados africanos y, hasta cierto punto así fue, aunque, finalmente sólo se construyeron once albergues en el mismo Johannesburgo⁴⁷, nueve de los cuales estaban localizados en Soweto.⁴⁸ De acuerdo con la Encuesta de Hogares de Soweto, estos albergues ofrecían 24.000 camas y albergaban a 40.901 residentes. Estos albergues, que ya no proveen alojamiento a hombres solos únicamente (aparte de un albergue que es únicamente para mujeres), hoy en día el 23% de los miembros de los huéspedes de estos albergues son mujeres.⁴⁹

Si bien muchas personas que viven en albergues han sido residentes de Johannesburgo desde mucho tiempo atrás, la mayoría de ellas son inmigrantes de otras partes de Sur África, en particular de la provincia de KwaZulú-Natal (KZN), hogar de la mayoría de la población de habla isiZulú de Sur África y de la base de apoyo rural principalmente del Partido de la Libertad (IFP, por sus siglas en inglés), del Jefe Mangosuthu Buthelezi Inkatha. Hacia finales de la era del apartheid, siguió una feroz lucha por el poder entre el ANC y el IFP. Con anterioridad, la movilización étnica de los años 90 por parte del IFP había estado confinada principalmente al KZN rural. A partir de comienzos de los años 90, el Partido dirigió su atención a las ciudades. En sus esfuerzos por ampliar su base de poder nacional y urbana, el IFP utilizó a los trabajadores inmigrantes de habla zulú en los albergues para atizar el conflicto, en ocasiones con el respaldo del Estado.⁵⁰ Los ocupantes de los albergues compartían una lengua, una cultura y un sentido compartido de alienación, lo cual ofrecía una oportunidad para una rápida movilización. Que Inkatha, cada vez más expresara la posición política de los ocupantes de los albergues de Johannesburgo, sirvió para alimentar la violencia que estalló entre los habitantes de los albergues y los residentes de los distritos segregados durante los años 80 y 90. Este periodo significó la muerte de 9.325 personas: de este total, 4.756 muertes ocurrieron en lo que hoy en día es Gauteng y 1.106 en el Gran Soweto. De estas últimas, la Comisión de Derechos Humanos vinculó 483 muertes, o 44%, a los albergues.⁵¹

Según la Comisión Goldstone de Investigación en la Prevención de la Violencia y la Intimidación Pública, creada en 1993, el sangriento conflicto entre los residentes de los distritos segregados y los habitantes de los albergues llevó a muchos a ‘considerar los albergues como un problema clave dentro del contexto mucho más amplio de violencia prolongada en Sur África.’⁵² Además, las organizaciones civiles, que habían constituido la espina dorsal del apoyo al ANC en Johannesburgo durante la lucha contra el apartheid,

⁴⁶ S. Parnell & G. Pirie, ‘Johannesburg’, en A. Lemon (ed.) *Homes Apart*, Londres: Paul Chapman, 1991, pp.129-145.

⁴⁷ Tanto el municipio como las empresas privadas utilizan estas instituciones para hombres solos para albergar a los trabajadores hombres inmigrantes que llegan de todas las regiones de Sur África y otros países.

⁴⁸ G. Pirie & M. de Silva, ‘Hostels for African Migrants in Greater Johannesburg’, *GeoJournal*, 12:2 (1986), pp. 173-182.

⁴⁹ Morris *et al* (1999).

⁵⁰ CASE, *Towards the Formulation of Policy for Hostel Redevelopment*, Informe para el Departamento de Vivienda de Gauteng, Johannesburgo: Community Agency for Social Enquiry, 2001; D. Everatt, ‘Yet another transition? Urbanisation, Class Formation and the End of the National Liberation Struggle in South Africa’, Documentos ocasionales sobre Estudios Urbanos Comparativos, Serie No. 24, Washington DC: Woodrow Wilson International Centre for Scholars, 1999.

⁵¹ B. Xeketwane, *The Relationship Between Hostels and the Political Violence on the Reef from July 1990 to December 1993: A Case Study of Merafe and Meadowlands Hostels in Soweto*, Tesis inédita para optar al título de Maestría. Facultad de Artes, University of the Witwatersrand, Johannesburgo.

⁵² J. Oliver, ‘Preface’ en A. Minnaar (ed.) *Communities in Isolation: Perspectives on Hostels in South Africa*, Pretoria: Human Sciences Research Council, 1993, p.1.

habían dejado en claro que consideraban como prioridad la conversión de los albergues en viviendas familiares. Desde la época de la puesta en libertad de Nelson Mandela en 1990, el anterior gobierno nacionalista intentó demostrar un rompimiento con el apartheid atacando sus peores símbolos, entre ellos los albergues sólo para hombres. La administración provincial en esa época, la Administración Provincial Transvaal, en un principio estuvo de acuerdo con la abolición de los albergues de Johannesburgo y con la idea de venderlos a compradores privados para convertirlos en apartamentos para familias.⁵³ Sin embargo, con excepción de unos cuantos casos, esto no se hizo realidad.

Una razón crucial de esto era que los mismos trabajadores inmigrantes se oponían ruidosamente a lo que veían como planes para desplazarlos de las zonas urbanas y, lo más importante, de lo que constituía un alojamiento a precios asequibles dentro de la ciudad. Después de todo, el arribo de la democracia no había puesto fin a la pobreza. Investigaciones financiadas por el Estado y llevadas a cabo durante la fase de transición política sugieren que por razones de facilidad de acceso, existían imperativos claros para conservar aspectos del sistema de albergues sólo para hombres.⁵⁴ En últimas, fue esta la posición que prevaleció, reforzada por el hecho que las relaciones entre los albergues y los distritos segregados habían estado tan severamente politizadas durante los años 80 y 90. Se consideraba que una conversión a destiempo al sistema de albergues podría amenazar una transición política a la democracia en Sur África y al importante pero frágil acercamiento entre el ANC y el IFP, considerado crucial para su éxito. Por tanto, así fue como se llegó a una posición de compromiso sobre los albergues. La política adoptada fue optar por una conversión de emergencia a corto plazo, posponiendo temporalmente cualquier estrategia de desarrollo a largo plazo⁵⁵.

El complejo de albergues donde se llevó a cabo nuestro trabajo de investigación todavía no había sido convertido a vivienda familiar y en su lugar se habían construido habitaciones individuales con servicios sanitarios comunales, aunque de hecho hoy en día muchas de estas habitaciones se utilizan para ocupación múltiple. El complejo de albergues fue edificado de acuerdo con estrategias de desarrollo más amplias vigentes en ese tiempo, en particular el proceso IDP, en un espíritu de compromiso con la toma de decisiones participativa. En las decisiones sobre la conversión de los albergues participaron representantes tanto de los habitantes de los albergues como de los demás residentes de la subdivisión administrativa de Soweto de la cual el albergue formaba parte. Durante la fase inicial de la conversión había un Grupo Local de Negociación, del cual formaban parte representantes del albergue, la organización de la sociedad civil local y el Consejo. Las conversiones resultantes, con frecuencia cuestionadas con vehemencia, reflejan las preferencias y triunfo de los *indunas* o líderes acostumbrados del albergue, o sea, aquellos hombres con estatus y conexiones con las autoridades tradicionales en las zonas rurales, quienes controlaban la mayoría de los procesos de toma de decisiones dentro del complejo de albergues. No obstante y a pesar de extensas conversiones, los albergues investigados todavía estaban profundamente afectados por el carácter de su diseño original, el legado de su función social y económica histórica y el recuerdo de su participación en un reciente pasado violento.

⁵³ C. Coovadia, 'The Role of the Civic Movement', en Swilling *et al.* (1991).

⁵⁴ A. Minnaar (ed.), *Communities in Isolation: Perspectives on Hostels in South Africa*, Pretoria: Human Sciences Research Council, 1993.

⁵⁵ En un comienzo, el programa de desarrollo de los albergues estuvo a cargo del Foro Nacional de Vivienda (NHF, por sus siglas en inglés), liderado por el Consejo Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés), y posteriormente del Consorcio Independiente de Urbanización (IDT, por sus siglas en inglés), en un trabajo conjunto con los departamentos gubernamentales de vivienda en el ámbito provincial y local.

[c] Albergues – afuera mirando hacia adentro

Irónicamente, la primera cuestión de exclusión para los moradores de los albergues es estadística. Para nuestro estudio, y según el Censo de 1996, la población del sector de Soweto en donde está situado el albergue, asciende a cerca de 18.000, pero esta cifra excluye a la población en su mayoría inmigrante del albergue, calculada alrededor de 7.000. Más bien, el Censo identificó a estas poblaciones en relación con su lugar de origen en las zonas rurales, hecho que necesariamente no ocurrió en detrimento suyo como lo demostraremos más adelante. Si bien muchos migrantes del sector rural al urbano han sido residentes de Johannesburgo por largo tiempo y, aunque muchos moradores de albergues han nacido en la zona urbana, era claro que los residentes del albergue habían sido excluidos durante largo tiempo de la vida social de su vecindario inmediato. Aunque esto está comenzando a cambiar. Como comentaba una mujer residente del albergue, ‘temía ir a la iglesia –solía tener miedo, pero solía ir- simplemente rezaba para que no me pasara nada mientras iba y venía. Pero ahora todos somos libres. Ahora todos somos libres de ir a donde nos plazca’.

Como corolario a la participación de muchos residentes de albergues en anteriores episodios de violencia política, muchos habitantes de Soweto siguen mirando con suspicacia a todos los residentes de los albergues. Un ejemplo lo dio una residente del albergue quien se quejaba de que cuando cualquiera de los residentes del albergue iba a tratamiento médico al hospital Chris Hani Baragwanath, que presta servicio a Soweto, daba una dirección falsa a la administración. Si declaraban que venían del albergue, no recibirían atención médica, según ella. En tanto otros residentes del distrito segregado quienes también se vieron involucrados, en particular los jóvenes, han logrado superar los abusos y excesos de los choques políticos de los años 80 y comienzos de los 90 entre el ANC y el IFP, hacerlo ha sido más difícil para los residentes de albergues. Esto no se debe únicamente a su identidad étnica: quiénes son, sino también a que viven en un lugar asociado con la violencia y la criminalidad: dónde están. Los albergues son zonas estigmatizadas, asociadas con patologías sociales y violencia y no están integrados a la comunidad más amplia, aunque los prejuicios y los temores están disminuyendo. Este hecho lo ilustran los siguientes comentarios de uno de los Funcionarios de Enlace Comunitario del Consejo quien trabaja con representantes tanto del albergue como de la comunidad:

‘La gente pensaba que eran alborotadores, pero cuando uno se acerca a ellos se da cuenta de que no es así. En algunos momentos, durante las épocas de violencia –yo también vengo del distrito segregado- los jóvenes, se volvieron agresivos contra ellos, la gente del albergue. Los insultaban y los provocaban, pero nosotros los representantes dijimos “oigan ustedes caballeros, son niños, no saben lo que hacen. Hay algo detrás de ellos. Alguien los está incitando e influenciando”. Los inmigrantes son personas muy corteses’.

Esta opinión la avalaba uno de los líderes políticos del albergue, quien decía, ‘En un principio la gente de la comunidad solía despreciar a la gente que residía en el albergue, diciendo que eran indeseables, pero ahora las cosas están cambiando. Hay cooperación entre nosotros’.

Cualquiera sea el acercamiento que ha ocurrido entre los residentes del albergue y otros habitantes del distrito segregado, una brecha cultural y de actitud continúa vigente, brecha que tomará mucho tiempo cerrar. Lo anterior se puede discernir a partir de los siguientes comentarios hechos por el concejal local del ANC en relación con los residentes del albergue:

‘La mayoría de la gente que vive aquí proviene de KwaZulu-Natal y tienen su propio estilo de vida que llevan, diferente a la comunidad en general de aquí en el distrito segregado...

Vienen de una sociedad estructurada allá en su lugar de origen donde existen estructuras afincadas. Tienen un rey y sus *Indunas* (consejeros tribales), y aquí tienen el mismo tipo de sistema de operación, excepto que aquí no hay rey. Tiene liderazgo aquí. A las primeras dos reuniones a las que asistí antes de este sábado ellos enviaron a los jóvenes – la Brigada Juvenil [Inkatha]. ¡Cómo si me pudieran enviar su Brigada Juvenil! Pero ellos vinieron el sábado –todos hasta el más importante- el *Induna* verdadero. Aunque no son tan problemáticos... todavía existe el elemento de no confiar en los demás –los miramos con sospecha y lo mismo pasa con ellos –nos perciben de manera diferente. Ahora es mi deber tratar de unir a la gente común del distrito y del albergue y decir, “miren, ustedes pertenecen a la misma división administrativa. No pueden continuar así porque eso crea divisiones dentro de la misma división y dificulta el desarrollo”.

Que el concejal tuviera motivos para ser optimista sólo se puede entender analizando algunas de las cambiantes dinámicas sociales dentro del albergue mismo, en particular aquellas entre los residentes hombres más viejos y más jóvenes.

[b] Albergues – adentro mirando hacia fuera

La exclusión social puede ser el resultado no solamente de que otros excluyan sino también de grupos que optan por excluirse de una participación social más amplia. La autoexclusión se puede ejercer no sólo en respuesta al prejuicio y al estigma sino también con el propósito de preservar o proteger recursos existentes, o de tener acceso a nuevos recursos potenciales. Ambos aspectos tuvieron aplicación en el caso de los albergues que analizamos en el presente estudio. Bajo el apartheid, los *indunas* lograron utilizar con éxito su identidad zulú para asegurarse el contacto continuo y el acceso a los recursos en las zonas rurales del KZN, conservando al mismo tiempo un espacio en las zonas urbanas a través de su control sobre los albergues para hombres solos inmigrantes. Vínculos sociales, como parentesco, clan y redes de amistad llegaban a todas partes de las zonas rurales, pueblos pequeños y ciudades de KZN de donde muchos residentes o su familia eran oriundos. Dentro del complejo de albergues, la gente que vivía en un edificio particular del albergue, invariablemente procedía de la misma zona y muchos mantenían vínculos con hombres o mujeres de su mismo pueblo o vecindario que vivían en otros albergues de Bauteng.

Cuando el proceso de conversión del albergue fue sometido a discusión, los representantes de mayor edad del albergue para hombres solos, los *Indunas*, se opusieron. Como lo planteó el consejero de la circunscripción, ‘Había un problema con la gente del albergue debido a que los internos [*sic*] dijeron “¡No! Queremos seguir como estamos. ¡Déjennos solos, estamos bien como estamos!” Sin embargo, cuando observaron el proceso de conversión de nuestros albergues, los líderes se mostraron deseosos de participar y desarrollaron una posición bien ensayada de oposición a una conversión completa a unidades familiares aduciendo la facilidad de acceso. Al hacerlo, se las arreglaron para conservar el acceso a alojamiento urbano de bajo costo, sin tener que perder nuevas transferencias del Estado, como el subsidio de vivienda, el cual recibían en sus lugares de origen. Sin embargo, también es necesario decir que aún los hombres y mujeres más jóvenes sin vínculos en el sector rural, hicieron hincapié en los bajos arriendos de los albergues o ‘vivir gratis’ en los albergues, como un aspecto positivo. Entre las ventajas adicionales de la vida en los albergues, según se desprende de las conclusiones a que llegaron los grupos de estudio, se cuentan las siguientes:

‘Muchos de nosotros venimos a trabajar para quedarnos en el albergue y volvemos a casa’.

‘Tenemos nuestros propios hogares en nuestros lugares de origen’.

‘Simplemente nos sentimos cómodos y acostumbrados al lugar’.

‘Estoy acostumbrado a vivir en el albergue, ahora uso este lugar como si fuera mi propio hogar’.

‘Es un lugar para ir al final del día’.

‘Nos gusta el hecho que hay buen transporte’.

‘Ahora hay seguridad, este es el lugar de uno y uno pertenece aquí y uno puede hacer que su familia lo venga a visitar’.

Sin embargo, no hubo una votación enteramente positiva a favor de los albergues: algunos residentes comentaron que vivían allí únicamente porque no tenían con qué pagar para vivir en ninguna otra parte. Las mujeres en particular hicieron comentarios negativos. Después de preguntarle a un grupo de estudio entre mujeres, qué les gustaba de vivir en un albergue, todas contestaron a una ‘¡Nada!’ La lista de lo que las molesta es larga, pero el primer lugar de la lista era el hecho que la conversión de los albergues no había tenido en cuenta ni dado cabida a las mujeres. Para ellas, el acceso a los servicios de tocador y lavabo resultaba difícil y comentaron que los hombres les impedían usar los sanitarios y duchas, así que se veían obligadas a ‘ir a campo abierto, la *veld* [meseta de escasa pluviosidad en Sur África, N. de la T.], cerca de la estación del ferrocarril’. Además, las mujeres se quejaban de que los albergues eran lugares violentos y asustadores. Temían a la violación y siempre se sentían angustiadas por sus hijos debido a la elevada incidencia de abuso infantil, en particular por parte de los hombres desempleados que vagaban por los albergues en las horas de la tarde, cuando las madres estaban trabajando.

Otras jerarquías del albergue se relacionaban con el tiempo de residencia. Después de preguntar a los entrevistados y a las personas que participaron en las discusiones por qué la gente había llegado a vivir en el albergue, generalmente la respuesta era que porque ya conocían a alguien que vivía allí. Aquellos que detentaban la mejor posición y privilegio dentro del complejo de albergues eran quienes habían vivido allí por más tiempo. Ocupaban las mejores habitaciones en los albergues mejorados. Los recién llegados y aquellos más pobres o con menos contactos, ocupaban los edificios más viejos que todavía no habían sido convertidos. Estos edificios no contaban con acueducto, ni conexiones al alcantarillado o a la electricidad. A pesar de las tarifas en extremo razonables, aún para las habitaciones mejoradas, la gran mayoría de residentes no pagaba arriendo; el gerente del albergue calculaba que los que pagaban arriendo no sumaban más del 5%. Para algunos residentes existían aspectos reales de facilidad de acceso bajo la forma de no pago o de subarriendos. Por ejemplo, la gente compartía sus habitaciones, haciendo que los subarrendatarios pagaran lo que ellos tenían que pagar de arriendo y a veces, en realidad, vivían de los arriendos. Así, mientras el Consejo sólo tenía una tasa de pago equivalente al cinco por ciento, un mercado privado informal de arrendamientos operaba dentro de los albergues, mercado sobre el cual el Consejo tenía escaso control.

El mantenimiento de los servicios del albergue era pésimo, todo se encontraba en lamentable estado de deterioro o funcionaba gracias a las reparaciones al estilo *Heath Robinson* hechas por los mismos residentes del albergue. Y aunque era claro que existían diferencias obvias en los estándares pertinentes en los albergues comparados con los distritos segregados circundantes, la culpa no se le puede endilgar exclusivamente a los proveedores de los servicios. Por ejemplo, pese a que los residentes del albergue se quejaban con razón de los

cortes de energía, de agua y de las alcantarillas obstruidas, los miembros de los equipos de mantenimiento informaban sobre dificultades para trabajar en los albergues. Los *Indunas* trataban de controlar a todo el que entraba en el albergue y este control se extendía a su renuencia a permitir que los trabajadores de la empresa de mantenimiento entraran al complejo de albergues. Por ejemplo, el funcionario a cargo del suministro de agua y salubridad informó que,

‘Dentro [del albergue] no quieren aceptar que nuestros empleados entren a hacer el mantenimiento –era una cuestión cultural o algo así no estoy seguro. Luego trajimos a un contratista y primero tenía que reunirse con el *Induna* y hablar con él, y luego todo estaba bien... ahora parece que todo se ha arreglado, el contratista es alguien que vive en la zona’.

Sin embargo, hasta los miembros de los equipos de mantenimiento aceptables a los *Indunas* tenían temor de entrar al albergue a hacer reparaciones. El mismo funcionario comentó a este respecto:

‘El principal problema con el que nos enfrentamos en este momento es justamente la cuestión del delito. Secuestran a nuestros empleados, les destrozan sus herramientas –es un gran problema. Estamos en el punto en que la gente ya no quiere entrar a los albergues –sobre todo de noche. No entramos por la noche jamás –nuestros empleados se muestran muy renuentes a entrar’.

También los electricistas tenían temor de entrar al albergue y, en consecuencia, casi nunca se hacían las reparaciones del caso, ni siquiera se reparaban los postes del alumbrado, esenciales para contrarrestar en algún grado la falta de seguridad pública del albergue. Hasta los servicios de ambulancia se rehusaban a ir más allá de las verjas de entrada del albergue porque los conductores y paramédicos tenían temor de entrar. Uno de los residentes hombre decía que el hecho que las ambulancias no entraran al complejo de albergues era un problema, sobre todo cuando a la gente la herían a cuchillo o a bala, lo que ocurría a menudo. Las mujeres hicieron hincapié en el problema, sobre todo cuando las mujeres empezaban el trabajo de parto durante la noche y no podían trasladarse al hospital.

Cuando se les preguntó que era lo que más les disgustaba de vivir en un albergue, confirmando que no solamente las mujeres eran vulnerables y tenían miedo, los hombres jóvenes mencionaron:

‘Los delitos que ocurren, la gente matándose, el robo de teléfonos celulares’.

‘Son los matones –especialmente los que están armados’.

‘Son muchas cosas –no es posible enumerarlas’.

‘Los pistoleros’.

‘Ellos matan’.

‘Se llevan nuestro dinero y uno no puede decir nada –sólo quedarse callado’.

‘Ellos matan, si uno los ve matando a alguien, uno se queda callado, porque aún si uno va a la policía, a ellos también les han pagado para que no digan nada’.

‘Es la violación y ser torturado por los policías cuando no tienen nada que hacer’.

‘Son los disparos al azar en horas de la noche’.

‘Si uno intentara de sacarlos del albergue, ni siquiera lograría llegar a la puerta de salida’.

Una fuente importante de temor era una pandilla conformada por oficiales de la policía o por pandilleros disfrazados de policías. Ingresaban al albergue en la noche con el pretexto de un aviso y robaban a la gente, en particular teléfonos celulares y causaban pánico y caos. A los policías se les consideraba por lo general corruptos y con frecuencia violentos, en connivencia con las pandillas que operaban desde y dentro de los albergues. De todas las relaciones entre residentes del albergue y forasteros, las relaciones con la policía estaban en su punto más bajo, sin apariencia alguna de confianza.

Aunque resulta difícil decir si los niveles de crimen y violencia son necesariamente más elevados en los albergues que en cualquier otra parte, lo cierto es que están mucho más concentrados. También quedó claro que dentro de un entorno socioespacial encerrado, una mayoría de residentes de los albergues era tenida como rehenes a cambio de rescate por una minoría de poderosos elementos antisociales, dentro y fuera del complejo, mientras al mismo tiempo la gente que vivía fuera del albergue los estigmatizaba como criminales violentos. Asimismo parece que los albergues han sido utilizados para fomentar y premiar instituciones informales paralelas y clientelistas, que están por fuera del imperio de la ley y que resultará difícil expulsar del lugar. En este aspecto, no se puede ignorar la función de los *Indunas* de los albergues de restringir el vínculo con el mundo exterior. Es curioso que estos albergues fueran mucho menos permeables que los enclaves fortaleza de la clase media de Johannesburgo. Esto surgía del hecho que sus residentes más pudientes parecieran incapaces de arreglárselas sin el trabajo manual provisto por los trabajadores pobres de Johannesburgo. Un residente de un distrito segregado captaba la ironía de la situación, cuando se quejaba de que personas extrañas encontraran la forma de ingresar a lo que se suponía era un complejo seguro, mientras al mismo tiempo admitía con presteza que recogía y traía a su casa a ‘tipos buscando trabajo a destajo’ cuandoquiera necesitaba lavar su carro. Por el contrario, los *Indunas* del albergue no permitían el ingreso de ningún extraño, ni siquiera para prestar servicios públicos. En cambio, los residentes se las arreglaban ellos mismos y dependían de soluciones informales, o de ninguna.

Cuando se preguntó a los diversos grupos de estudio quiénes eran los ‘tipos poderosos’ en su comunidad, invariablemente surgían los *Indunas* quienes evidentemente actuaban como guardianes en todas las formas posibles. Asimismo los *Indunas* mostraban la tendencia a mantenerse apartados de los asuntos y procesos de gobernabilidad locales, aunque sí tenían plena participación en la política electoral local, principalmente en apoyo del IFP. Sin embargo, cada vez más han sido persuadidos de participar en procesos de gobernabilidad locales. El Comité de *Indunas* estaba compuesto por representantes de los diversos edificios de albergues y era el comité más conservador y más encerrado en sí mismo del albergue. Sus miembros eran los residentes de mayor edad, elegidos en virtud de su condición rural y sus vínculos con el KZN. En apariencia interesados por cuestiones sociales como la resolución de disputas domésticas y conflictos dentro del albergue, su poder parecía ser bastante omnipresente. También había un Comité de Residentes del Albergue, conformado en 1991, del cual también hacían parte jóvenes líderes políticos. Este comité se había conformado especialmente como enlace con el Consejo y actuaba como la interfase entre los residentes del albergue y las autoridades municipales. Por último, estaba la rama local del IFP que coincidía en términos de membresía, influencia y conexiones, tanto con el Comité de *Indunas* como con el Comité del Albergue, así como también con los seguidores de Inkatha en otros

lugares. De esta red política también formaban parte ramas de la Brigada Juvenil Inkatha y la Brigada de Mujeres Inkatha.

Los miembros, tanto del Comité de *Indunas* como del Comité del Albergue, eran en su mayoría hombres; lo mismo sucedía con todos los órganos decisorios, mientras las mujeres no tenían ninguna representación importante. En consecuencia, en términos de procesos y decisiones de gobernabilidad local, las opiniones, percepciones y prioridades de los habitantes de los albergues estaban abrumadoramente sesgadas hacia las de los residentes hombres. Durante las fases iniciales del proceso de conversión de los albergues existía además un Grupo Local de Negociación conformado como parte del proceso de IDP. Durante las negociaciones, el Consejo trató de incluir en esta estructura y en sus procesos una gama más amplia de residentes de los albergues, mujeres entre ellos, con escaso éxito. El concejal de la división administrativa lo explicaba así,

‘El cambio siempre resulta difícil. A decir verdad, algunos de los resistentes se opusieron. Simplemente no les gusta este tipo de vida y la forma en que vivimos en Johannesburgo. Creen que no está bien, porque aquí uno habla de los derechos de las mujeres y cosas parecidas pero, allá de donde venimos, no es un problema, no es negociable. Una mujer sabe cuál es su lugar y un hombre también sabe cuál es el suyo. Es una cuestión cultural y moral y algunos todavía lo rechazan y todavía creen que nadie lo conoce’.

Lo que resulta interesante es que las mujeres, que representaban una proporción significativa de los residentes del albergue, parecían estar entre los más dispuestos y capaces de construir vínculos con la comunidad más amplia de los distritos segregados de la cual el albergue hacía parte. Sin embargo, se las excluía de importantes redes sociales y escenarios de toma de decisiones dentro del albergue y entre el albergue y otros organismos.

No obstante, el liderazgo masculino del albergue no era homogéneo y existían diferencias manifiestas de enfoque entre los *Indunas* de mayor edad y más rurales y los líderes políticos más jóvenes. Estos últimos se habían dado cuenta de que se justificaba enfrentar a los *Indunas* de mayor edad, ya que éstos parecían ser inefectivos contra los criminales y pandillas que atormentaban sus vidas dentro del complejo del albergue. Además, igualmente había muchos residentes de los albergues que no tenían ningún vínculo ni recursos en las zonas rurales y cada vez más se sentían dispuestos a vivir sus vidas en Soweto y a involucrarse más plenamente con las vecinas comunidades de la gente de Soweto. En consecuencia, el liderazgo de personas mayores comenzaba a enfrentar los retos de los líderes políticos más jóvenes, quienes se daban cuenta de los beneficios que podían obtener para sí mismos y para su generación, por medio de mayor colaboración con los residentes del distrito segregado y con el Consejo Metropolitano.

Los albergues son un triste recordatorio y un símbolo pernicioso de la era del apartheid. A través de los años han sido utilizados para subvalorar y oprimir a la gente en formas no compatibles con la constitución democrática de Sur África. Aunque políticamente inconcebibles a corto plazo, dada la frágil paz entre el ANC y el IFP, hay algo que se debe decir a favor de una futura transformación de los albergues más allá de la aceptación actual para borrar el estigma y la exclusión asociadas con ellos. También existen cuestiones de equidad asociadas con el hecho que el Consejo continúe subsidiando fuertemente los costos de vivienda de los residentes urbanos de los albergues. Esto ha permitido que algunos residentes de albergues, quienes bien pueden ser de ingresos bajos en las zonas urbanas, se hayan convertido en ricos propietarios de activos en las zonas rurales. Esto ha sucedido como corolario de su capacidad para aprovechar dos transferencias posteriores al apartheid,

beneficiándose efectivamente del subsidio de vivienda en las zonas rurales y del acceso a alojamiento de bajo costo o gratuito en la ciudad. Esto sucede en un contexto de necesidad más generalizada y extendida en el mismo Johannesburgo. Al plantear este argumento, no sugerimos que los residentes de albergues sean pudientes o que hayan tenido opciones fabulosas. En realidad, las implicaciones de política sugieren opciones difíciles –por ejemplo, la conversión a alojamiento familiar o mayor fomento de un mercado privado de arrendamientos- y estas opciones no serían universalmente populares. No obstante, existe un proceso necesario de reconciliación social que es necesario que ocurra, el cual parece destinado a ser socavado por la continuación de los albergues en su actual forma física.

Conclusión

Hemos demostrado en diversos y diferentes contextos en el presente ensayo la forma que la gente ha escogido para vivir en conjuntos cerrados y excluirse de la vida ciudadana más amplia. Nuestro análisis de estas comunidades contradice las teorías divididas que sugieren que los pudientes se atrincheran en enclaves fortaleza, mientras los ciudadanos más pobres deambulan por las calles, aunque a expensas de ser criminalizados por la sociedad y perseguidos por la policía. Presentamos una imagen más compleja y matizada que sugiere que, independientemente de dimensiones distintas de diferencia social, muchos de los residentes de Johannesburgo temen al delito y en particular a los delitos violentos. A su vez, lo anterior en verdad tiene un impacto en cómo y dónde estos residentes usan el espacio público y a qué costo; el enfoque de gran parte de la literatura del Norte o de Occidente sobre el tema de las ciudades amuralladas.⁵⁶ Sin embargo, aducimos que igualmente tiene un impacto sobre cómo la gente crea y usa el espacio privado y a qué costo.

En el caso de los residentes autoexcluidos de clase media y clase media baja de los enclaves fortaleza de los barrios residenciales suburbanos, muchos han experimentado problemas asociados con la fractura de viejas comunidades, la formación de nuevas comunidades y el aislacionismo impuesto por la segregación. En tanto se someten a esta situación voluntariamente, no deberíamos olvidar que, bajo el apartheid, mucha gente de raza negra experimentó traumatismos similares como resultado de desplazamientos forzosos y perniciosas leyes de control a la inmigración a las ciudades, y lo hicieron en situaciones mucho más difíciles y con mucha menos seguridad. El sistema de fuerza laboral emigrante del cual hicieron parte no era esclavitud, aunque la opción de ir a la ciudad en busca de trabajo con frecuencia no era ninguna opción después de todo. No obstante, hicieron de la necesidad una virtud. Mientras que para muchos residentes más jóvenes y pobres de los albergues, la búsqueda del sustento más allá de la brecha rural-urbana puede ser todavía un asunto de necesidad antes que de opción, para los residentes de mayor edad los albergues les han sido muy útiles. Les han brindado no solamente alojamiento urbano asequible sino oportunidades para ganarse la vida, a veces discutibles, basadas en feudos privados sobre los cuales ejercen un control informal aunque inflexible.

En el caso tanto de los habitantes de los distritos segregados como de los residentes de los albergues, la identidad social ha cumplido una función crucial en el reforzamiento de la separación socioespacial, aunque de maneras bastante diferentes. Respecto de los albergues, fue su propia identidad étnica compartida, superpuesta y entrelazada de maneras complejas

⁵⁶ Blakely & Snyder (1997); Davis (1990); Mike Davis, *Ecology of Fear: Los Angeles and the Imagination of Disaster*, Nueva York: Metropolitan Books, 1998; N. Fyfe, 'Introduction: Reading the Street' en N. Fyfe (ed.) *Images of the Street: Planning, Identity and Control in Public Space*, Londres Routledge, 1998, pp. 1-10; Marcuse (1994).

con una historia política violenta y un estigma fincado en el mismo hecho de vivir en un albergue, la que fue útil tanto para excluir a los residentes de la vida más amplia de Soweto, *como* para reforzar sus peticiones por un espacio asequible en la ciudad. Y esto lo hicieron sin tener que renunciar a sus derechos de ciudadanos ni a la transferencia de activos del Estado en el sector rural. En otras palabras, no fue su origen étnico Zulú solamente la fuente de su exclusión social, dado que hay muchos zulúes en Soweto y una mayoría de los habitantes de Soweto son de habla isiZulú. Más bien, fue el resultado de una combinación de ‘quiénes fueron’ y ‘dónde estaban’ y para los más poderosos entre los residentes de los albergues, les permitió actuar en connivencia en esta identidad y exclusión socialmente construidas para lograr sus propios fines.

Entre los predominantemente blancos pero racialmente mezclados residentes del complejo de viviendas unifamiliares para pudientes, existía algo más que una connivencia para abandonar la identidad basada en la raza y para poner el énfasis en su posición de clase compartida. Son vistos como ricos y privilegiados por aquellos en el exterior y se ven a sí mismos como que se han unido a las filas de la clase media internacional postFordista, la cual en todas partes brota dentro de complejos cerrados extraordinariamente similares alrededor del mundo. En tanto la clase y el estatus apuntalaron ‘la identidad del de adentro’, la identidad de los extraños desconocidos era más opaca, más amorfa, pero el temor al crimen y a los extraños con frecuencia eran los sustitutos del temor y de los estereotipos basados en la raza. Los residentes de los complejos de viviendas unifamiliares del oeste estaban mucho más cerca de Soweto, tanto física como estructuralmente. En tanto y sin duda alguna privilegiados en comparación con la clase obrera africana de Soweto, en el nuevo Johannesburgo postFordista los predominantemente blancos residentes de esta fortaleza en decadencia son, no obstante, parte de la economía del ocaso, antes que de la economía naciente, y están profundamente alienados de la nación como entidad política y de la sociedad. Si ellos optan, como muchos residentes de albergues, por invocar la raza y el origen étnico y recurrir a la política basada en la identidad, bien pueden labrarse un nicho relativamente seguro, aunque solitario, en las soleadas tierras de Sur África. Si están dispuestos a asomar la cabeza por encima del parapeto y el Consejo los anima a hacerlo, todavía pueden involucrarse con la comunidad urbana más amplia de la cual están apartados, y llegar a ser parte de un nuevo Johannesburgo no racial. Sin embargo, para este grupo de residentes así como para los demás grupos que hemos analizado en este estudio, la geografía del miedo, cuando se combina con actitudes mentales exclusivistas y el legado socioespacial del apartheid, milita contra esta posibilidad. Como lo plantea Saff (1991), las ciudades racialmente divididas del apartheid han sido reemplazadas por ciudades organizadas con base en exclusiones el-de-adentro/el-extraño. En este contexto, el mayor reto que enfrenta la gobernabilidad en Johannesburgo es el hecho que la responsabilidad de la exclusión racial recae cada vez más en los ciudadanos particulares antes que en el Estado. Esto constituye un óbice verdadero en la forma de los esfuerzos del Consejo para involucrar a una mayoría de sus ciudadanos en la solución del problema de la exclusión social de la ciudad, su propia exclusión y la de los demás.

En este trabajo, además de hacer una descripción de las elites que optan por vivir rodeadas de muros de seguridad en comunidades exclusivas, y de los socialmente excluidos y desfavorecidos quienes se apretujan detrás de linderos de protección, ya sean muros verdaderos de cemento o fronteras imaginarias de peligro y temor, también he analizado las razones que los han llevado a tomar estas opciones. Sin embargo, estas decisiones individuales y colectivas no se toman en aislamiento. Podría plantearse que cuanto mayor sea el número de personas rodeadas de muros que están protegidas del delito y de la violencia, más vulnerables serán aquellos que quedan por fuera de los muros. Más aún, cuando las

comunidades amuralladas miran hacia adentro, optan por quedar por fuera de las estructuras y las obligaciones ciudadanas. Las comunidades amuralladas no van a desaparecer del paisaje de Johannesburgo de la noche a la mañana. Para contrarrestar el 'Johannesburgo fortificado' y para atraer a sus residentes de nuevo hacia las filas del compromiso cívico, el Consejo Metropolitano de Johannesburgo debe mejorar la seguridad de la ciudad en nombre del mayor bien social. El hacerlo sería básicamente redistributivo en el ámbito de la ciudad.

Bibliografía

- Amin, A y S Graham (1999) 'Cities of Connection and Disconnection' en D Massey y M Pryke (eds) *Unsettling Cities: Movement/Settlement* Routledge: Open University, pp.7-38
- Ayres, R (1998) *Crime and Violence as Development Issues in Latin America and the Caribbean*, Washington DC: Banco Mundial. Estudios sobre América Latina y el Caribe
- Beall, J (1997) 'Introduction', J. Beall (ed) *A City for All: Valuing Difference and Working with Diversity*, Londres: Zed Books, pp 2-37
- Blakely, E y M Snyder (1997) *Fortress America: Gated Communities in the United States*, Brookings Institution Press
- Caldeira, T (2000) *City of Walls: Crime, segregation and citizenship in São Paulo*, University of California Press, Berkeley
- Caldeira, T (1996) 'Crime and Individual Rights: Re-framing the Question of Violence in Latin America' en E Jelin y E Hershberg (eds) *Constructing Democracy: Human Rights, Citizenship and Society in Latin America*, Westview Press, pp 197-211
- Camerer, L, A Louw, M Shaw, L Artz y W Sharf (1998) *Crime in Cape Town: Results of a City Victim Survey*, Institute of Security Studies Monograph Series No. 23, Pretoria: Institute of Security Studies
- CASE (2001) *Towards the Formulation of Policy for Hostel Redevelopment*, Informe para el Departamento de Vivienda de Gauteng, Johannesburg: Community Agency for Social Enquiry
- Coovadia, C. (1991) 'The Role of the Civic Movement' en M. Swilling, R. Humphries y K. Shubane (eds) *Apartheid City in Transition*, Cape Town: Oxford University Press
- Crush, J y W James (1997) *Crossing Boundaries*, Pretoria: Institute for Democratic Alternatives in South Africa
- Davis, M (1998) *Ecology of Fear: Los Angeles and the Imagination of Disaster*, Nueva York: Metropolitan Books
- Davis, M (1990) *City of Quartz*, Londres: Verso Press
- Dunn, S (ed) (1994) *Managing Divided Cities*, Ryburn, Keele
- Everatt, D (1999) 'Yet another transition? urbanization, class formation, and the end of national liberation struggle in South Africa', Comparative Urban Studies. Occasional Paper Series No.24, Woodrow Wilson International Centre for Scholars, Washington, DC
- Fajnzylber, P, D Lederman y N Loayza (1998) *Determinants of Crime Rates in Latin America and the World: An Empirical Assessment*, Washington DC: Banco Mundial. Estudios sobre América Latina y el Caribe
- Fyfe, N (1998) 'Introduction: Reading the Street' en N Fyfe (ed) *Images of the Street: Planning, Identity and Control in Public Space*, Londres: Routledge, p 1-10
- GJMC (1998) 'Greater Johannesburg Metropolitan Council Integrated Metropolitan Development Plan, 1997/98', Informe inédito, Greater Johannesburg Metropolitan Council
- Harvey, D (1973) *Social Justice and the City*, Edward Arnold
- Judd, D (1994) 'Urban Violence and Enclave Politics: Crime as Text, Race as Subtext' en S Dunn (ed) *Managing Divided Cities*, Ryburn Publishing, pp 160-175

- Kane-Berman, J (2001) 'No Major Changes in Crime Trends' *Fast Facts*, No 7, Johannesburg: South African Institute of Race Relations, p 1
- Louw, A, M Shaw, L Camerer y R Robertshaw (1998) *Crime in Johannesburg: Results of a Victim Survey*, Pretoria: Institute of Security Studies
- Mabin, A (1998) 'The Creation of Urban Space: Contributions of South African cities to justice and injustice', Ponencia presentada ante la reunión sobre Geografía social de las ciudades divididas, New York University, 26-28 febrero
- Marcuse, P (1995) 'Not Chaos but Walls: Postmodernism and the Partitioned City' en S Watson and K Gibson (ed) *Postmodern Cities and Spaces*, Oxford: Blackwell, pp 243-253
- Massey, D (1999) 'On Space and the City' in D Massey, J Allen y S Pile (eds) *City Worlds*, Routledge: Open University, pp 157-171
- McIlwaine, C (1999) 'Geography and Development: Violence and Crime as Development Issues', *Progress in Human Geography*, Vol 23, No 3, pp 453-463
- Minnaar, A. (ed.) (1993) *Communities in Isolation: Perspectives on Hostels in South Africa*, Pretoria: Human Sciences Research Council
- Monitor (2001) *Safety and security section of main report* GJMC (2001) 'iGoli 2010', documento inédito, Greater Johannesburg Metropolitan Council, Johannesburg
- Morris M (ed), Bozzoli, B, Cock, J, Crankshaw, O, Gilbert, L, Lehutso-Phooko, L, Posel, D, Tshandu, Z y van Huysteen, E (1999) 'Change and Continuity: A survey of Soweto in the late 1990s', Departamento de Sociología, University of the Witwatersrand
- Moser, C y F Clark (eds) (2001) *Victims, Perpetrators or Actors?: Gender, Armed Conflict and Political Violence*, Londres: Zed Books
- Moser, C y J Holland (1997) *Urban Poverty and Violence in Jamaica*, Washington DC: Banco Mundial. Estudios sobre América Latina y el Caribe
- Olivier, J. (1993) 'Preface', en A. Minnaar (ed.) *Communities in Isolation: Perspectives on Hostels in South Africa*, Pretoria: Human Sciences Research Council
- Parnell, S y Pirie, G (1991) 'Johannesburg', en Lemon, A. (ed), *Homes Apart*, Paul Chapman, Londres, pp129-145
- Pirie, G y da Silva, M (1986) 'Hostels for African migrants in greater Johannesburg', *GeoJournal* 12(2), pp173-182
- Robinson, J. (1992) 'Power, Space and the City: Historical Reflections on Apartheid and Post-apartheid Urban Orders' en D. Smith (ed.) *The Apartheid City and Beyond, Urbanization and Social Change in South Africa*, Londres y Johannesburg: Routledge y Witwatersrand University Press, pp. 292-302
- Saff, G (1994) 'The Changing Face of the South African City: From Urban Apartheid to the Deracialisation of Space', *International Journal of Urban and Regional Restructuring*, Vol 18, pp 371-391
- Schönteich, M y A Louw (2001) *Crime in South Africa: A Country and Cities Profile*, Institute of Security Studies Occasional Paper No 49, Pretoria: Institute of Security Studies
- Shaw, M y P Gastrow (2001) 'Stealing the Show? Crime and its Impact in Post-apartheid South Africa', *Daedalus*, Vol 130, No 1, pp 235-258

Vanderschueren, F (1996) 'From Violence to Justice and Security in Cities', *Environment and Urbanisation*, Vol 8, No 1, abril, pp 93-112

Xeketwane, Babylon, (1995) The Relationship between Hostels and the Political Violence on the Reef from July 1990 to December, 1993: A Case Study of Merafe and Meadowlands Hostels in Soweto, tesis para optar a la Maestría, Facultad de Artes, University of the Witwatersrand

The aim of the Crisis States Programme (CSP) at DESTIN's Development Research Centre is to provide new understanding of the causes of crisis and breakdown in the developing world and the processes of avoiding or overcoming them. We want to know why some political systems and communities, in what can be called the "fragile states" found in many of the poor and middle income countries, have broken down even to the point of violent conflict while others have not. Our work asks whether processes of globalisation have precipitated or helped to avoid crisis and social breakdown.

Crisis States Programme collaborators

In India:

Asia Development Research Institute (Patna, Bihar)
NEIDS, North-East Hill University (Shillong)

In South Africa:

Wits Institute of Social & Economic Research (WISER)
Sociology of Work Workshop (SWOP)
Department of Sociology
(University of the Witwatersrand, Johannesburg)

In Colombia:

IEPRI, Universidad Nacional de Colombia
Universidad de los Andes
Universidad del Rosario

Research Objectives

- We will assess how constellations of power at local, national and global levels drive processes of institutional change, collapse and reconstruction and in doing so will challenge simplistic paradigms about the beneficial effects of economic and political liberalisation.
- We will examine the effects of international interventions promoting democratic reform, human rights and market competition on the 'conflict management capacity' and production and distributional systems of existing polities.
- We will analyse how communities have responded to crisis, and the incentives and moral frameworks that have led either toward violent or non-violent outcomes.
- We will examine what kinds of formal and informal institutional arrangements poor communities have constructed to deal with economic survival and local order.



Director: Dr James Putzel
Administrator: Wendy Foulds
Editorial Assistant: Jonathan Curry-Machado

Development Research Centre,
Development Studies Institute (DESTIN),
LSE, Houghton Street, London WC2A 2AE
Tel: +44 (0)20 7849 4631 Fax: +44 (0)20 7955 6844
e-mail: csp@lse.ac.uk

